



Nos acostamos muy tarde y nos levantamos con las primeras claras. Yo no me despedí de nadie, tampoco me habría dado tiempo de hacerlo, ni siquiera entreví más que por alguna medrosa fisura del estupor en qué congojas estarían debatiéndose el hijo de don Eusebio y sus primas. Sólo conservo una imagen distorsionada, unos pocos fragmentos de realidad mal encajados, una desarticulación general del penoso trayecto hasta el borde de la carretera

cargando con las maletas, del vacío hostil de las calles entre dos luces, de la subida al autobús de línea que venía de Algodonales y llegaba hasta Jerez, con paradas en Bornos y en Arcos. Hay una pareja de la Guardia Civil pidiendo las cédulas, hay unos rostros amoratados por el frío, hay una acrimonia de olores de redil como saliendo todavía de las hondonadas del sueño.

Asomado a la ventanilla, con la cara medio tapada por una bufanda tejida con los desechos de un viejo jersey, miraba el turbio confín de los campos desiertos, la geometría blanquecina de los olivares, los matorrales de las lomas quemados por la escarcha. Aún pensaba en ese miedo

empedernido y de tan confusa procedencia que se había interpuesto en mi perseverante decisión de ser feliz. Crecí en un solo día más de lo que había crecido desde que comenzó la guerra. Y acaso fuese (...)



José Manuel
Caballero Bonald (1926)
Premio Cervantes
*Tiempo de
guerras perdidas*

